

# CAPÍTULO UNO

—Abi, ¡a mi despacho!

Estaba claro que aquel hombre tenía un objetivo bien marcado en la vida: hacernos morir de un infarto. Hasta Esther, nuestra becaria, pegó un brinco cuando el jefe irrumpió de semejante manera en nuestro departamento. Regresaba de una reunión que el consejo directivo había convocado de forma urgente y eso, inmersos como estábamos en rumores de cambio, nos tenía histéricos.

Me levanté lo más serena que pude ante la escrutadora mirada de mis compañeros. Con cara de resignación, para tranquilizarlos a todos, me enderecé la falda, cogí mi agenda y, cual borreguito inocente, corrí tras mi matarife que, de la forma más maleducada del mundo, cerró la puerta de su despacho en mis narices.

«Señor, dame paciencia...», imploré allí plantada. «No aguanto más a este hombre».

Di unos golpecitos en el letrero pegado a su puerta que rezaba:

«Armando García. Director de comunicación».

Me gustaba golpear justo ahí, en su nombre, imaginándome que en lugar de unos nudillos y una placa metálica, lo que chocaba era mi mano abierta contra su nuca rígida de jefe estirado.

Armando era un cuarentón recién estrenado camuflado en el cuerpo de un hombre mayor. Muy mayor. Estaba casado con una mujer que nunca lo llamaba al trabajo y con la que tenía un niño de dos años del que jamás habíamos visto ninguna foto. Insoportablemente meticuloso, tanto en su trabajo

como en el nuestro, era parco en palabras y un experto en el arte de la comunicación no verbal. Una mirada suya podía ser más aterradora que escuchar una voz detrás de ti vaticinándote una muerte lenta y dolorosa. Aunque lo peor que tenía era su odiosa habilidad para leernos el pensamiento.

—Pasa —me ordenó.

Entré con cuidado y cerré la puerta detrás de mí. Alcancé a guiñarle un ojo a Esther, que seguía mirándome con el terror dibujado en su rostro.

—Siéntate, Abi, por favor —dijo en tono afable.

«Mal asunto», pensé.

Tanta amabilidad solo podía significar que me esperaba una maratón de trabajo o una bronca terrible y, francamente, no se me antojaba ni lo uno ni lo otro.

—¿Qué tal el comité? —pregunté en tono diligente para disimular mi pánico.

—Bien, no te asustes —se apresuró a contestar para dejar claro que ya se había conectado con mis pensamientos.

Sentado en su sillón de cuero, con los codos apoyados en los reposabrazos y las manos ligeramente unidas por las yemas de los dedos, me miró atento sin decir nada. Intenté por todos los medios poner la mente en blanco. No era oportuno que me la leyera en ese momento, porque no podía dejar de pensar que cada vez estaba más calvo y que sus nuevas gafas eran horribles; pero mi debilidad mental me puso aún más nerviosa de lo que estaba. Tanto, que se me cayó el bolígrafo debajo de su mesa. Intenté alcanzarlo con el pie. No lo conseguí. En lugar de eso le di una patada y lo alejé más todavía. En vano esperé un gesto de caballerosidad por parte de mi jefe y, al final, tuve que agacharme y ponerme de rodillas en la postura más humillante que se puede adoptar en el despacho de un superior, por mucho que Bill Clinton y Monica Lewinski

la pusieran de moda en la Casa Blanca. La madera crujió bajo mi peso. Aquello fue demasiado para mi dignidad y, por lo visto, también para mi falda de tubo, que al son de un «rssh», se me descosió por detrás hasta la mitad de mis posaderas.

«No me lo puedo creer», pensé tanteándome el pompis para analizar la magnitud del desastre.

Me incorporé lo más rápido que pude, haciendo como si no hubiera pasado nada y volví a sentarme muy seria. Armandando seguía mirándome impasible.

Tras unos momentos de tenso silencio... vinieron más momentos de tenso silencio, y cuando ya estaba a punto de darme un telele, por fin se decidió a hablar:

—Verás, Abi, hace días que se oyen rumores en la empresa de todo tipo. Y no me digas que tú no has oído nada porque entonces pensaré que me tomas por idiota.

No, la verdad es que por idiota no lo tomaba, pero por un borde amargado sí, de modo que no hacía falta disimular y negar la evidencia.

—Claro, claro que los he oído. Aunque ya sabes cómo son estas cosas. Se dicen muchas tonterías pero nadie se entera de nada —afirmé.

—Yo sí me entero —aseguró con prepotencia, algo que me pareció absolutamente innecesario, porque sería tremendo que el jefe del departamento de comunicación no supiera lo que se cuece en su empresa.

—¿Ah, sí? —pregunté con retintín y cara de estar super-sorprendida.

—Sí. Verás, EveCare sigue manteniéndose como una de las mejores corporaciones de Europa y la mejor marca de cosmética de lujo a escala global. Aun así, desde París quieren más eficiencia, especialmente en filiales extranjerías como la nuestra, y nos van a obligar a hacer cambios en

nuestro organigrama. Ya sabes, crear nuevos departamentos, cerrar otros...

—¿Va a haber despidos? —pregunté sin querer.

—... y cambios de personal que ya está decidiendo el consejo —continuó, ignorando mi pregunta—. Prácticamente ya está todo listo. Sin embargo, hemos contratado a una consultoría de recursos humanos para hacer el trabajo de campo. Ya sabes, una de primer orden para que en la central se convenzan de que hemos estado bien asesorados y no piensen que se ha nombrado a nadie «a dedo». El lunes vendrá un consultor, redactará un informe sobre las personas más idóneas para cada puesto y luego el consejo decidirá lo que le parezca. El nuevo organigrama, con nombres y apellidos, lo anunciaremos a los medios aprovechando el acto de lanzamiento de la nueva línea de maquillaje.

Vale, ya lo entendía, lo que nos esperaba era un infierno. El lanzamiento de cualquier cosa era para nosotros una locura y, si a eso le añadíamos una nueva estructura organizativa, el resultado era, más o menos, lo peor del mundo.

—Bien, y ¿qué hacemos? ¿Cuándo será el lanzamiento? ¿Qué consultoría es? ¿Quieres que redacte una nota interna?

Mi mente se puso a trabajar a toda velocidad mientras mis manos destapaban el bolígrafo traicionero y pasaban las páginas de mi agenda, buscando un hueco immaculado donde apuntar. Armando no me contestó. Levanté la vista y vi con horror una mirada en sus ojos que no conocía. Era tranquila, afable, incluso pícara, si eso no hubiera sido del todo imposible para aquel hombre.

—¿Una nota de prensa? —pregunté con voz temblorosa, cuando ya no podía soportar ni un segundo más el silencio de aquella mirada.

—Nada.

—¿Nada? ¿Entonces?

—Solo quiero que estés preparada —dijo muy solemne intentando sonreír.

—¿Preparada? ¿Para qué?

—Para tu ascenso —dijo Armando muy despacio.

—¿Para mi qué? —murmuré muy bajito, sin alcanzar a entender aquella frase.

Armando se inclinó sobre su escritorio para darle más énfasis.

—He dicho para tu ascenso —repitió, casi sílaba a sílaba.

¿Ascenso? ¿Yo? ¡¡Sí!! ¿¿¿Sí??? Ay, madre... ¡¡¡Sí!!! ¡¡¡Lo había oído bien!!!

Según afirmaban casi todos mis libros de autoayuda, para conseguir cualquier objetivo en tu vida solo había que desearlo con toda la fuerza del maldito cosmos, nada más, porque entonces el subconsciente, los dioses, el universo o la madre que lo parió, se encargaban personalmente de dártelo. En esta vida yo ya había deseado de todo: sacar buenas notas sin estudiar, crecer los diez centímetros que me faltaban para completar mi autoestima, casarme con mi novio Mario y, ¿cómo no?, un ascenso. Y ahí estaba yo, a mis treinta y dos años a punto de empezar a creer de verdad en toda aquella patraña de autopsiquiatría barata a la que era adicta desde mi adolescencia. Sentada en el despacho de un imbécil pero, en fin, la vida no era perfecta.

—¿En serio? ¿Me vas a ascender? ¿A mí? —murmuré sintiendo que me daba un soponcio por momentos.

—No es oficial pero... sí. Serás la nueva directora adjunta de comunicación y relaciones públicas.

—¡Directora adjunta de comunicación y relaciones públicas! —exclamé.

Jo, ¡sonaba fenomenal! Sonaba tan bien, que me habría

subido con mis tacones y mi falda rota en la mesa de Armando a bailar un reguetón de no haber sido porque... A ver, un momento, ¿qué demonios era una directora adjunta de comunicación y relaciones públicas? Éramos un departamento de solo cinco personas, nunca habíamos tenido nada semejante y las relaciones públicas nos venían impuestas por la central de París. ¿En qué consistiría mi trabajo?

Por primera vez en la vida me resultó sumamente útil que mi jefe supiera lo que pensaba:

—Seguirás dependiendo de mí, no te vamos a subir el sueldo de momento, y básicamente harás lo mismo que ahora, pero con capacidad de decisión. Vendrás conmigo a los consejos directivos, a las reuniones con los medios y serás la maestra de ceremonias en todos los eventos que organicemos. Por eso lo de relaciones públicas. El primero será cuando hagamos el lanzamiento y anunciemos los cambios. Sabes hablar en público, ¿verdad?

—Sí, sí, claro —contesté, preguntándome si hablar con una amiga en un vagón del metro atestado de gente contaba como hablar en público.

—Pues ve practicando —sentenció mi jefe. Definitivamente mi cerebro era un libro demasiado abierto para él—. Es muy importante. Cabe la posibilidad de que venga *monsieur Dumont*.

—¿*Monsieur Dumont*? —Eso sí que me puso nerviosa. Dumont era el dueño del *holding* EveCare, que había levantado prácticamente de la nada, y uno de los ejecutivos más respetados del mundo.

—*Monsieur Dumont* —afirmó Armando—. Como sabes, jamás ha asistido a ningún acto de EveCare España. Por supuesto habrá prensa, invitados ilustres y mucho espectáculo. Unas quinientas personas.

—¡Vaya!

Nunca habíamos tenido en España un acto tan grande y... ¡yo iba a ser la directora adjunta de comunicación y relaciones públicas!

—Como comprenderás, hay que esmerarse al máximo y no voy a tolerar ningún fallo. El lunes a primera hora enviaremos una nota interna a todos los empleados para anunciar la presencia del consultor y pedir que colaboren con él. Hasta entonces no quiero que digas ni una palabra a nadie. Recuerda que lo tuyo no es oficial. Te lo he dicho porque tenemos poco tiempo y necesito que estés preparada. No quisiera acabar pensando que he confiado demasiado en ti al decírtelo.

—No, claro que no, no hay problema.

—Pues a trabajar.

Me levanté temblando y me dirigí hacia la puerta con rapidez pero, en cuanto toqué el pomo dorado, mis buenos modales (y la imagen de mi pompis al aire) me hicieron girarme y balbucear roja de vergüenza.

—Armando, yo...

—De nada. A trabajar he dicho —contestó tajante, aunque me pareció ver que él también se sonrojaba.

En cuanto pisé el suelo de linóleo que separaba el mundo de los jefes del nuestro pensé que me iba a caer redonda, pero las miradas suplicantes de mis compañeros me mantuvieron en pie. Puse los ojos en blanco para demostrarles que no había nada que contar, me senté en mi sitio como si nada y todos volvieron a teclear en sus ordenadores.

Intenté concentrarme en lo que estaba haciendo antes del notición, pero como ni siquiera recordaba qué era, opté por coger firmemente el ratón, abrir el correo electrónico más largo que encontré y hacer como que lo leía mientras me goodeaba en mi recién estrenada felicidad.

No podía creerlo, ¡me iban a ascender! Por fin tantas horas de trabajo codo con codo con el hombre más exigente del mundo iban a tener su recompensa. Miré por el rabillo del ojo a Pedro, el cochino envidioso, al que pillé contándole a los de administración que me había ganado el puesto de favorita acostándome con el jefe. No sé qué fue lo que más me dolió, si el hecho de que un compañero restara valor a mi trabajo o que los demás me creyeran capaz de tener un encuentro físico con semejante antídoto contra la lujuria.

«¡Maldita sea!», me dije alarmada. «Ahora van a pensarlo de verdad».

Quise justificarme, explicar a gritos todos y cada uno de los méritos por los que me había ganado ese ascenso. Necesitaba urgentemente hablar con alguien y no podía. ¿O sí? Al fin y al cabo, no era oficial dentro de la empresa, pero en mi entorno personal... Miré de reojo mi móvil justo en el momento en que la pantalla se iluminó. Tenía un wasap de mis amigas:

SARA: Chicas, ¿venís a cenar a mi casa? Os tenemos que contar una cosa.

LORETO: Cuéntala ya.

SARA: No. Abi, ¡manifiéstate!

LORETO: Estará estresadísima. Como siempre.

ABI: Estoy, estoy. Yo también tengo un notición. ¿A que hora?

SARA: ¿21:30?

ABI: OK.

LORETO: OK.

Eran casi las seis de la tarde y hacía más de dos horas que había finalizado nuestra jornada de trabajo. Sin embargo, no podía irme antes que el jefe, ni aunque fuera viernes. Pri-



mero, porque sería considerado una temeridad; y segundo, porque no quería que Armando descubriera lo emocionada que estaba. Me merecía ese ascenso, era la recompensa a mi dedicación, de modo que no podía mostrarme ansiosa como una niña pequeña a la que le acaban de poner su primer diez.

Por fortuna, Armando salió a los dos minutos del despacho. Sin mirarnos, murmuró un rancio: «Hasta el lunes» y, como todos los días, nada más ser engullido por el ascensor, empezamos el ritual de fin de jornada, que consistía en recoger a toda velocidad, apagar los ordenadores y salir pitando.

Mis compañeros empezaron a parlotear animados, pero yo no podía prestarles mucha atención, tan concentrada estaba en ponerme mi gabardina roja con el trasero bien pegadito a la pared para que no se viera el descosido. Me pareció entender que Pedro, el cochino envidioso, quería que fuéramos a tomar algo. ¡Cómo no! Cada vez que Armando me llamaba a mí sola al despacho nos proponía ir al bar más cercano para intentar sonsacarme algo de la conversación.

—Yo no puedo, he quedado —me disculpé.

—¿Con Mario? —preguntó Maica.

—No, está en Londres hasta la semana que viene —me delató Esther.

—Con mis amigas, he quedado con mis amigas —aclaré, clavando una mirada amenazante en la becaria.

—Ese novio tuyo viaja mucho, ¿no? —preguntó el cochino envidioso con maldad.

Sabía que Mario y yo cada vez nos veíamos menos y siempre metía el dedo en la llaga haciendo un comentario hiriente, tipo «amor de lejos, amor de pendejos», «ojos que no ven, cuernos que te ponen» y tonterías por el estilo.

—Sí, ya sabes, es lo que tiene ser auditor en una gran consultoría —le contesté con toda la acritud que pude.

Entramos en el ascensor y, ya en la puerta del edificio, me despedí de mis compañeros. Comencé a caminar hacia el metro despacito, para aguantar mejor las ganas que tenía de saltar. Una brisa tibia me dio en la cara, recordándome que en Madrid llevábamos días disfrutando de una primavera prematura. Respiré hondo, saqué mi móvil del bolso y marqué el número de Mario. Como siempre, saltó el buzón de voz.

—Hola, soy yo. Llámame cuando puedas, por favor. Tengo que contarte una cosa —supliqué a la nada.

Mario era el mejor auditor de Siglo xxxi Consulting, S.A., una consultoría que solo admitía gente muy inteligente dispuesta a trabajar más de catorce horas diarias, incluidos los fines de semana. Por desgracia para mí, Mario era una de esas personas. Lo hacían viajar tanto que pasaba más horas metido en aviones y trenes que conmigo y, aunque llevábamos juntos casi diez años, nuestra relación estaba en ese punto de «o para adelante o para atrás», pero con semejante ritmo de trabajo no salíamos de ahí simplemente porque no teníamos tiempo de tomar una decisión. «La decisión». Y con los meses de trabajo que yo tenía por delante todavía se retrasaría más. ¿Tendría que viajar mucho como directora adjunta de comunicación y relaciones públicas? Armando iba a París al menos cinco veces al año. Si yo empezaba a viajar mucho, ¿cuándo demonios íbamos a vernos Mario y yo? Una extraña sensación de vacío hizo que me tambaleara y tuve que sentarme en un banco que había justo en el cruce con Castellana.

Rsss, susurró de nuevo mi falda.

Fue como una señal que me gritaba a quién podía llamar, quién merecía ser la primera persona en saber de mi ascenso. Marqué su número y, en menos de tres tonos, escuché su voz:

—¿Diga?

—Hola, abuelita.